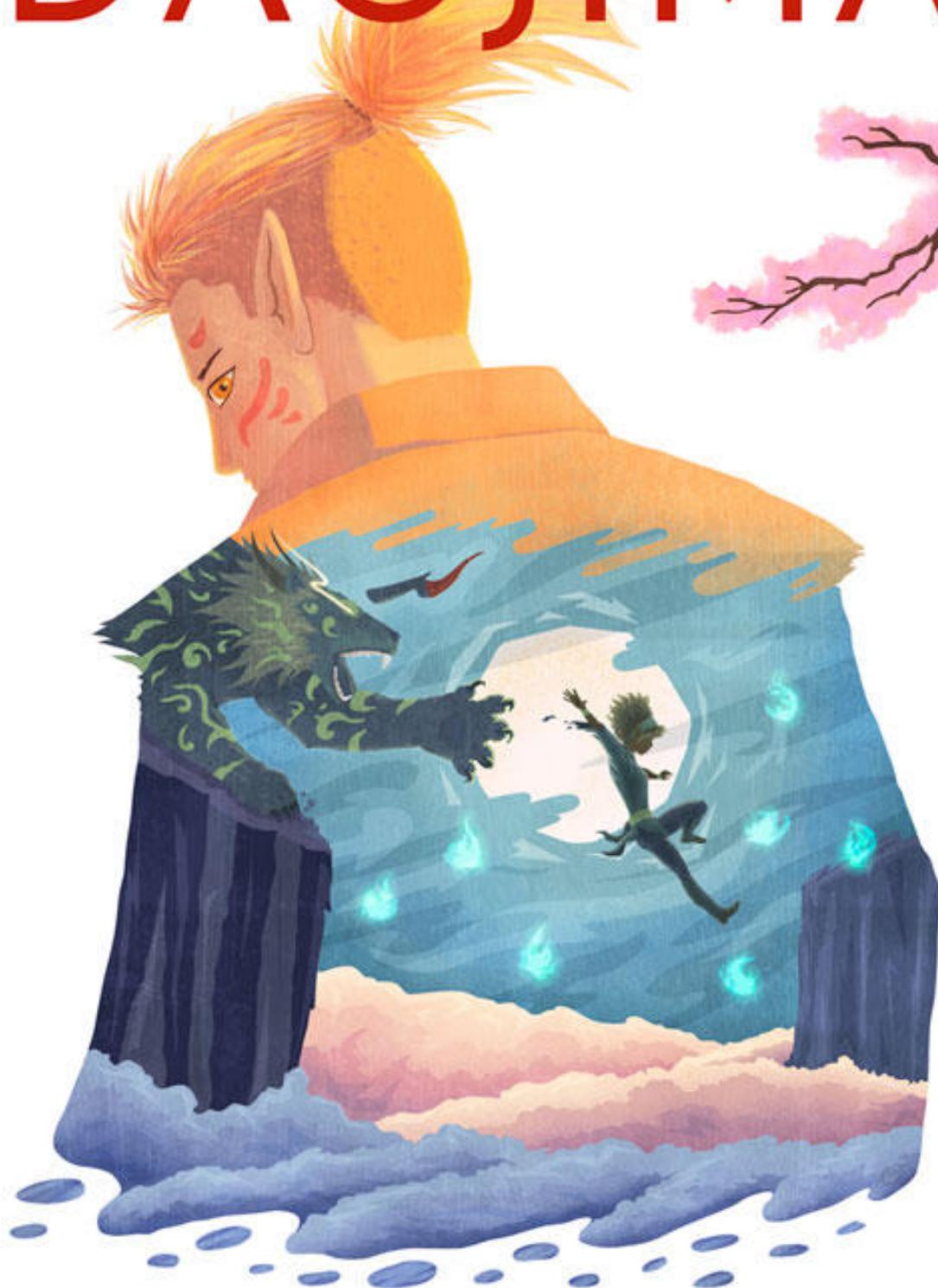


ODRIEL LUMUMBA | CLARIVIDENTES DE LORIAN

NOA VELASCO

DAOJIMA



CLARIVIDENTES
DE LORIAN

Miel de castaño

Se sentía como si acabara de salir de un sueño pesado e innatural. Sin embargo, unos segundos antes rebosaba de emoción por la perspectiva del viaje hacia lo desconocido. A pesar del frío que la envolvía, su cabeza aún estaba aletargada y le ardía. Abrió los ojos y no logró ver más que un torbellino de burbujas entre aguas verdes, escamas blancas y sangre roja. Sangre que se desvanecía tras la violenta sacudida que la liberó un poco más de su aturdimiento. Una cuaderna de madera la golpeó y, esta vez, en lugar de arrebatarse la consciencia por unos instantes, despejó su mente por completo.

Odriel se hizo plenamente consciente de que iba a morir.

Para su sorpresa, en esos últimos momentos su memoria no vagó por sus treinta años de recuerdos, sino que retrocedió, de forma muy concreta, al momento en el que aquel viaje con su padre le pareció una buena idea.

Arnam Tasén, ciudad del país de Hyariban. Eylíndenor del sur.

Año 153 de la era de la tecnomagia (diez años antes de los sucesos acaecidos en el caso de la sogá de seda y magia).

Se aproximaban unos años de temperaturas más bajas de lo habitual y docenas de ballenas etéreas comenzaban a surcar el cielo en su acostumbrado viaje hacia el norte. La joven semielfa no se cansaría nunca de presenciar aquel espectáculo sobrecogedor. Cada uno de los dos soles bañaba sendos costados de los colosos, arrojando destellos sobre su superficie siempre húmeda. A medida que ascendieran, los reflejos azules del cielo las harían pasar inadvertidas mientras buceaban por el aire. Una medida tan prudente como innecesaria, teniendo en cuenta que los dragones (sus únicos depredadores) habían dejado de compartir sus cielos varios siglos atrás. Odriel las observaba maravillada, pues estaban tan cerca que el agua caía sobre ella en una fina lluvia. El aire se inundó de olor a mar y petricor.

—Echaba de menos el licor de guinda de tu madre —le dijo Fildoren, su padre elfo, mientras posaba la botella en la mesa del jardín—. Aunque no tanto como tu sonrisa, Ilíoban. Es una lástima que algo tan maravilloso no pueda destilarse.

Su padre solía llegar en esos momentos especiales. A veces era la época de floración de las campanillas de Rendel; en otra ocasión apareció al mismo tiempo que una plaga de monos *sarunwus* que mermó las provisiones de la modesta ciudad, casi una villa. Hoy era uno de esos días destacables, pues aparte de la migración de los cetáceos, era el cumpleaños de Odriel.

—¡Vaya! Había olvidado la sensación de estar de acuerdo en algo contigo —dijo Nyah.

La madre de Odriel, una humana de tez oscura de la raza *nbolo*, volvió a reunirse con ellos al tiempo que perseguía a una de las gallinas.

—En cambio, fermentando tu mal humor tendría existencias inagotables de vinagre

para mis ensaladas —rio Fildoren.

—¡Vale ya, papá! Lleváis un montón de años separados y sigues con lo mismo —lo reprendió Odriel.

—Bueno, un montón... —Fildoren se rascó la barbilla mientras hacía memoria—. ¡No hace ni veinte! ¿Y tú? Por los colmillos de la diosa Shumna, no puedo creer que cumplas treinta ciclos y estés tan crecida.

Treinta años no eran muchos para una semielfa como Odriel. El mundo se movía a una velocidad siempre diferente a la suya. Los humanos que conoció de pequeña creaban ahora nuevas familias y los hijos de estos no se diferenciaban demasiado de los elfos que conoció en aquella misma época. Al menos mientras no hablaran. Al contrario que los humanos, los niños elfos viven infancias muy largas y, aunque su visión del mundo es en cierto modo pueril y limitada, las experiencias que han vivido durante tantos años, sumado a lo que han aprendido de sus mayores y lo que han absorbido a través de la esponja de su curiosidad sin fin, hacen de esos pequeños unas personas muy especiales. Como niños muy altos y espigados hablando con una sensatez desconcertante. Son muchos los que admiran la sabiduría que emana de los niños elfos, en ocasiones más elevada que la de los más insignes filósofos humanos. Es en parte debido a la pureza de su lógica, aún sin corromper por la mácula de los prejuicios; también por la capacidad de fijarse en lo importante, sin el ruido de las múltiples preocupaciones que trae consigo la madurez y, a fin de cuentas, por sus experiencias equivalentes a las de un humano adulto.

Para Odriel, tanto el frenético mundo de los adultos como el aparentemente inmutable de los elfos se hallaban en un extraño baile que tenía lugar mientras ella crecía. Algunos de sus amigos de la infancia parecían congelados en el tiempo; otros envejecían, se casaban y tenían hijos; y luego estaba Odriel, que experimentaba el despertar de muchas sensaciones hasta entonces desconocidas pero extrañamente familiares. Su padre elfo la veía como una niña elfa y su madre humana como una mujer humana. Odriel, en cambio, aún no sabía lo que era. El tiempo parecía tener reglas definidas para todos excepto para ella. El único punto que tenía en común con el resto era que la adolescencia resulta una etapa difícil para todo el mundo.

En el caso de los elfos, según proclaman otras especies, su cacareada sabiduría infantil se diluye al atravesar esta etapa. De ahí que todavía perdurasen las habladorías sobre si los elfos eran capaces de intercambiar sus mentes, pues se decía que cuanto más pequeños son, más adultos parecen; y que, cuanto más viejos, más infantiles resultan. Odriel miraba a su padre y creía en esas palabras. Sí, se comportaba como un crío, ahora lo veía más claro que nunca. No es que él hubiera cambiado un ápice, en realidad solo habían cambiado sus circunstancias, aunque seguía siendo el mismo aventurero loco de orejas puntiagudas. Quien más había cambiado en verdad era Odriel y su forma de percibirlo. Pero ella era su propio punto de referencia, por lo que su padre también había cambiado a sus ojos, de un modo u otro. La semielfa se veía a sí misma como los dos soles, el centro de un universo en el que cada astro giraba a su alrededor a velocidades completamente distintas. Algunos poseían satélites que giraban como locos, de forma vertiginosa, mientras más allá se extendía el infinito que permanecía en apariencia inmóvil. En cualquiera de los casos, sentía que nada fluía al mismo tiempo que ella.

Con un pequeño suspiro, Odriel se volvió a mirar a su madre de cincuenta años, que había alcanzado por fin a la gallina tras un alboroto de plumas, cacareos y polvo.

—Mamá, ¿por qué coges a Gurgita? —preguntó con preocupación.

Gurgita era el nombre que le había puesto Odriel cuando solo era un polluelo y se

dedicaba a regurgitar todo el alimento que tomaba. No quería encariñarse mucho con ella, pues no tenía un futuro muy prometedor. Al final demostró ser una superviviente y había tenido una larga vida.

—Si os vais a ir de viaje mañana, al menos te llevarás algo de comer —contestó Nyah.

Odriel se incorporó con espanto, tapándose la boca con las manos.

—¡Nooo! ¡Gurgita no!

Sí. Había terminado encariñándose de ella.

Como si aquella manifestación de desacuerdo le hubiera aportado una oleada de valor, Gurgita picó la mano de la mujer, que tuvo que soltarla para volver a cogerla con más cuidado.

Sin duda era una superviviente.

—Sabes muy bien que acabaría así, Odri. —Nyah se encogió de hombros mientras llevaba a Gurgita hacia la mesa.

—¿Es que has olvidado que yo no como carne? —preguntó Fildoren, enarcando una ceja.

—Lo recuerdo perfectamente —contestó Nyah mientras partía el cuello del animal con sus manos.

Como la mayoría de los de su especie, el elfo apreciaba el don de la vida. No obstante, presencié el acto de la misma manera que hubiera contemplado a un lobo abalanzándose contra el cuello de una presa. Bajó la cabeza y levantó las manos formando un círculo hacia el cielo.

—Sangre y huesos, retornad a Iledarian —recitó.

—Y que Shumna os guíe —terminó Odriel, que se unió en su plegaria.

Odriel lloró por Gurgita, pero aceptó su carne aquella noche y festejó que sus padres, tan distintos y tan lejanos entre sí, estaban por una vez juntos a su lado.

A la mañana siguiente, Nyah era incapaz de destrenzar los brazos con los que se aferraba a su hija.

—No quiero que te vayas. ¿Quién sabe...?

Nyah contuvo la lengua. No quería impedir que su hija fuera feliz, aun a costa de su soledad. «Malditos elfos», se dijo.

Tal vez no entendiera lo que le pasaba a su madre por la cabeza, pero Odriel sabía leer en ella sin necesidad de ver su aura. La contempló con detenimiento y se sorprendió al percibir los vestigios que había impreso en ella el paso del tiempo. Su piel seguía firme pues, a pesar del tono oscuro, tanto en su frente como en sus pómulos se reflejaba el tono violáceo del cielo crepuscular. Y, sin embargo, ¿desde cuando tenía tantas arrugas? Las que enmarcaban su boca eran un testimonio de las alegrías de muchos años junto a su hija. Por otro lado, las que se escalonaban bajo sus ojos evidenciaban las preocupaciones de haber criado una mestiza en un mundo en el que se aceptaban el blanco y el negro, pero no los grises. También gris era el cabello crespo de Nyah Lumumba y, aunque Odriel no era consciente de que la próxima vez que viera a su madre el blanco habría ganado la batalla, había aprendido que el tiempo tiene contratos distintos para distintas personas y que era más cruel con la raza humana. Así se lo había mostrado a su regreso del anterior viaje con su padre.

Odriel había ido a conocer a sus ancestros elfos de la fastuosa ciudad de Lamendhülein (vulgarmente conocida como Elfolandia por los humanos que no gustaban de enredarse la lengua) y había pasado allí casi una década. Por supuesto que había echado de menos a su madre en todo ese tiempo, pero mientras ella apenas había crecido unos palmos, su madre había dejado atrás su juventud. Odriel sabía que los

humanos cambiaban, aunque aún no terminaba de asociar de forma consciente que, tras muchos años de cambios, también morían.

—No te preocupes, mamá, estaré de vuelta antes de que puedas echarme de menos —dijo Odriel con su optimismo acostumbrado cuando al fin fue liberada del abrazo.

—Eso dijiste la última vez y te eché de menos desde el primer día —respondió su madre—. Es al idiota de tu padre al que deberías decir eso y quedarte conmigo. No tiene prisa para nada excepto para lo que le conviene.

Nyah había pasado la mitad de su vida arrepintiéndose de haberse enamorado de un elfo, pero no había día que no se sintiera agradecida por la hija que tuvieron juntos. Y ahora, de nuevo, la perdía por quién sabía cuántos años. Deseaba con todas sus fuerzas que su salud le permitiese vivir hasta el reencuentro. Corrió a abrazarla de nuevo por si la veía por última vez y lloró.

—Vamos, Iliomiva, no seas así —respondió el aludido, llamándola por el nombre cariñoso que le puso cuando se enamoraron: *miel de brezo*—. No lo hago por mí, sino por ella. Acaba de terminar sus estudios y necesita ver mundo, conocer otras disciplinas, desaprender lo aprendido...

—Déjate de Iliomiva y mierdas élficas, Fildoren. Hace veinte años que te fuiste y encima te llevaste a mi hija. Me quedé sola por tu culpa.

—Es *nuestra* hija; y mis sentimientos no han cambiado hacia ti en estos veinte años: para mí es como si fuera ayer.

—Ya sé que no han cambiado. La indiferencia es un sentimiento muy persistente en los elfos. Solo digo que podría quedarse en la capital y seguir trabajando de ayudante en la Universidad de Alquimia. Siempre hay algún puesto. Incluso podría trabajar aquí, conmigo.

—Gracias, mamá, pero ya te he dicho que no me gusta trabajar con muertos. Lo que quiero es ayudar a los vivos y en la Universidad apenas tenían nada que enseñarme sobre las técnicas *kamido*. Papá me va a llevar a conocer sus orígenes a la isla de Daojima.

Nyah miró al elfo con suspicacia.

—¿Y a ti qué se te ha perdido en esa isla? Tú al único vivo que quieres ayudar es a ti mismo. ¿Desde cuándo te interesa el kamido?

—Soy un chamán viajero —respondió encogiéndose de hombros—, es normal que me interese conocer otras disciplinas, otras culturas y ver mundo.

—Aún me cuesta entender cómo pude dejarme engañar por ese cuento hace treinta años, cuando me dijiste las mismas palabras para meterte entre mis piernas.

—Eras más abierta hace treinta años. —Fildoren sonrió.

—Era muy joven. Nadie me había dado motivos para no serlo.

El elfo no sostuvo su mirada.

—Se está haciendo tarde. Cuídate, Iliomiva.

Nyah se quedó un buen rato contemplando su marcha hasta que se perdieron de vista como aquellas ballenas etéreas que terminaban siendo engullidas por la lejanía.

Padre e hija recorrieron durante una jornada completa el trayecto que les llevaría desde Arnam Tasén hasta Slyndbar, su primera parada. A pesar de que Nyah había dado a Odriel suficiente dinero como para resolver el viaje en apenas tres horas de tren, Fildoren no podía permitirse pagar su billete con su modesto oficio de chamán. A Odriel no le importó caminar, pero decidió gastar el dinero al menos en un buen descanso en una posada del barrio Centro. Si conocía lo suficientemente bien a su padre, en cuando zarpasen de Eylíndenor no volvería a preocuparse por el dinero ni saber lo que era una

buena cama.

Hacía muchos años que Odriel no recorría Boca de Dragón, el puerto de la capital. Aquella mañana parecía un hormiguero a los ojos de los dioses. Uno rodeado de agua, con las hormigas yendo de un lado a otro, frenéticas, como si no tuvieran una idea clara de hacia dónde se dirigían. En muchos casos era así. Por fortuna, cualquiera que ya hubiera ofrendado buena parte de sus suelas en aquel laberinto maloliente sabía a quién preguntar.

—¡Eh, Charrán, viejo amigo! —le dijo Fildoren a un humano—, ¿dónde está el barco que zarpa a Torishima?

—¡Vaya vaya, si es la nutria imberbe! El *Pondúneos*, un vapor *hainu*; quinto embarcadero de pasajeros del muelle secundario —le contestó el otro al instante, apuntando con un cuchillo mientras con la otra mano les ofrecía unos mejillones.

Charrán era un viejo marinero que siempre tenía una palabra agradable para la gente con la que se cruzaba. Y mejillones. Nadie sabía cómo lo hacía, pero siempre llevaba una malla con mejillones que iba limpiando y otra con los que ya había cocido. Fildoren aceptó un par y le pagó con unos cobres mientras le daba las gracias con un gesto. El elfo pagaba por la información y se mostraba agradecido por el regalo. Charrán le devolvió el gesto; solo respetaba a quien tuviera claro que no era al revés.

—No cambies nunca, viejo —se despidió Fildoren—. Y que tu hígado sobreviva a los enanos.

Odriel le dedicó una de sus encantadoras sonrisas. Daba saltitos por las pasarelas de madera, ilusionada por volver a viajar. Había pasado los últimos seis años estudiando Medicina en la Universidad de Alquimia de Slyndbar y apenas había visto a su padre en esos años.

Al llegar al barco saludó a toda la tripulación (lo que los dejó entre atónitos y divertidos), dejó su equipaje en la sala de viajeros y se fue a toda prisa a asomarse a la proa. En el momento de zarpar estaba tan entusiasmada que el capitán se preguntó si no estaría afectada por alguna enfermedad, nervioso por la posibilidad de tener que volver al puerto y llevarla al hospital. Cuando estaba contenta, a Odriel le gustaba bailar. Que la superficie se moviera a casi veinte nudos sobre el mar le daba igual. El problema era que también disfrutaba cantando, algo para lo que no estaba tan bien dotada. Cuando era niña y la gente la escuchaba cantar cerca de sus padres, todas las miradas se dirigían hacia la madre, pues lo primero que pensaban era que tal prodigio de lo execrable en materia de canto no podía haber sido heredado de un elfo. La madre, harta de lidiar con el tópico, señalaba a su vez al padre. Era un elfo, sí, pero cantaba como si un ogro caminara por encima de una pasarela de gatos. Y su hija no le iba a la zaga, pues aullaba como un perro apaleado haciendo gárgaras. Una vez más, el capitán estuvo a punto de volver al puerto. Ajena a su talento para hacer llorar a cualquier persona que tuviera oídos sin necesidad de técnicas kamido, Odriel estaba acostumbrada, no obstante, a las miradas de reprobación o condescendencia ante sus muestras de alegría. Tal vez llegara a vivir el doble que un humano, pero sentía cada momento con el doble de intensidad.

—Dime, papá..., ¿por qué os tuvisteis que separar mamá y tú? —preguntó la semielfa, que cogió del brazo a su padre y descansó la cabeza sobre su hombro mientras miraban el horizonte.

—Los humanos viven poco más que un parpadeo; por eso creen que el amor durará toda la vida. Sin embargo, los elfos somos muy longevos —empezó a recitar una cantinela que Odriel conocía bastante bien—. A lo largo de nuestra vida es normal que tengamos varios compañeros.

—Siempre repites la excusa de lo mucho que viven los elfos, pero con más razón me pregunto qué te habría costado permanecer a nuestro lado algo más de esos doce años. Para ti fue un suspiro.

Fildoren se revolvió, incómodo. Miró a su hija como si se la hubieran cambiado al subir al barco. Le habían hablado en numerosas ocasiones de esa etapa en la que los hijos empiezan a contestar con criterio y lógica. Se resignó a empezar a pensar lo que decía.

—¿Recuerdas lo que te dije? Un compañero ha de ser distinto a ti en lo superficial para enriqueceros con distintos puntos de vista; a cambio, busca a alguien similar en lo que de verdad es importante o las diferencias serán inconciliables. —Esperó a que su hija asintiera.

—Recuerdo que un día llegaste borracho y me dijiste que lo importante de una pareja era que estuviese buena. Pero sí, eso también me suena.

—Todas mis enseñanzas rebosan sabiduría, hija. —Se encogió de hombros—. Bien, pues con tu madre pasó justo lo contrario: siempre encontrábamos puntos en común, pero solo para discutir. Si hubiera sido más comprensiva con mis sueños...

—Mamá dice que tus sueños siempre acaban con gente desnuda, a ser posible de distintas especies.

—Ya veo —contestó Fildoren con desdén—; y los suyos siempre comienzan con ella haciéndome la autopsia. Los míos son todos aquellos envueltos por la aventura y me alegra poder compartir algunos de ellos contigo, Ilíoban. —Alborotó con la mano la media melena rizada de su hija, refiriéndose a ella con el apelativo cariñoso que significaba *miel de castaño*—. Por fortuna no solo has heredado de mí las dotes para el canto.

Odriel miró el aura de su padre y se apretujó contra él, sonriente. Echaba de menos aquellos lejanos años en los que sus padres se miraban a los ojos a través de ella. Padecía por pasar tanto tiempo al lado de uno sin posibilidad de ver al otro. Luego volvía al presente y lo saboreaba, como quien hunde la boca en una fruta madura y dulce.

Elfa o humana

El viaje duró unas horas y desembarcaron cuando aún había un sol lamiendo las cumbres de Torishima. La luz era diferente en aquella región tan meridional, así como el olor y los colores. Odriel había viajado mucho junto a su padre, pero nunca había salido del vasto continente y todo tenía un aire de descubrimiento que invadía sus sentidos. Fildoren tenía previsto dirigirse a Daojima y pasar una temporada aprendiendo de los nativos sus prácticas chamánicas, su medicina y alguna técnica desconocida en el continente. Pero antes de embarcarse de nuevo pretendía pasar un par de noches en Yunningen, la isla principal de Torishima, en compañía de los elfos que se establecieron allí un siglo y medio atrás. Eran los llamados *tengüedhel* o elfos tengü, emigrantes de la guerra entre Diliban y Hyarmendor que encontraron en aquel lugar una nueva vida.

Fildoren saludó a unos cuantos congéneres en el puerto, presentándoselos a su hija. Odriel saludó a los desconocidos con una sonrisa entusiástica. Aunque ella ganaría sin duda un concurso de rarezas, aquellos le parecieron al principio los elfos más insólitos que hubiera conocido nunca. Sin embargo, a medida que los veía hablar con su padre distinguió la familiaridad de sus parientes. En el fondo, más allá de las ropas y los peinados, apenas se diferenciaban de los que conoció años atrás en Lamendhülein. Muchos venían de allí. Exceptuando los pocos autóctonos de nueva generación, la mayoría eran viajeros de otras tierras del continente que habían cambiado la túnica por la *tunikata* y se habían cortado el cabello por los lados con el tradicional estilo *mechonmage* del archipiélago *surisleño*. Podría decirse que se habían adaptado bien, aunque Odriel también advirtió que no terminaban de integrarse por completo con los nativos humanos de raza *yunkara*. Estos eran cordiales, aunque evitaban relacionarse con los extraños y altos elfos si podían. Incluso Odriel, que medía un palmo menos que la mayoría de elfos, les parecía enorme, aunque no era el rasgo que más les llamaba la atención.

—¡Qué bajitas son las elfas de ciudad! —exclamó uno de los elfos entrado en siglos al tiempo que ponía su mano a la altura de Odriel—. ¡Y qué oscuras! Cómo se nota que allí no tenéis árboles que os cobijen de los soles. No es sano. Mira mi piel, pequeña —dijo mostrándole un brazo—, sigue tersa y con un ligero tono verde, como debe ser. Viviendo en estos bosques de Torishima duraré mil años más.

Uno de los que los acompañaban, hijo suyo, suspiró mirando hacia la semielfa.

—¡Por lo menos! Este no se muere nunca. Tú aún eres muy joven, pero algún día descubrirás lo frustrante que resulta esperar durante siglos a que caiga alguna herencia.

Ambos miraron a Fildoren, que se dio por aludido.

—No creo que ella pueda esperar tanto. Es mi hija, pero no es exactamente una elfa. Su madre es humana y para mí crece muy deprisa.

—Ya sabes —Odriel le guiñó un ojo al elfo joven—, deberías tener un hijo con alguna humana. Tienes más posibilidades de heredar de él que de tu padre.

Los elfos tengü rieron y el anciano rodeó el hombro de Odriel con su brazo. Hacer bromas sobre la muerte es más fácil y divertido cuando te quedan siglos para

preocuparte por ella.

La muchacha era joven y simpática, por lo que en seguida cayó bien a los amigos de su padre. Aunque no tanto como a los más pequeños. Al llegar al distrito de los elfos tengü, Odriel jugó con ellos en un jardín inmenso mientras su padre hablaba con un grupo de chamanes. La risa de los niños elfos era una de las melodías más placenteras que podían escucharse, a medio camino entre el canto alegre de los pájaros de viento y el relajante ronroneo de un gato. Y ellos disfrutaban como nunca con Odriel, no solo por lo extraña que resultaba a sus ojos, sino, además, porque adivinaron por su aspecto que era una adulta divertida. Una que no tenía reparos en actuar como uno de ellos, tirándose por el suelo y fingiendo ser un terrible wyvern de Eládranor o un grifo que los llevara a su espalda.

—Nunca avanzarás en tu aprendizaje si te interesas más por los niños que por los mayores —le dijo su padre cuando Odriel se acercó a tomar un descanso. No sonaba molesto, aunque era una de esas frases que los padres emplean para cambiar una actitud que no les gusta de sus hijos.

La muchacha inclinó la cabeza de lado para mirarlo con curiosidad mientras se secaba el sudor con una manga de la túnica.

—Pues yo creo que a muchos de esos mayores les vendría bien interesarse un poco más por los niños y aprender de ellos, papá —respondió sin reproche—. ¿De qué habláis? ¿Kamido?

—No. Me decían que aquí el agua es muy salina y que es mejor beber cerveza.

—Sí, y ya veo que te mueres de sed. —Odriel señaló su jarra llena.

—¡Fildoren, llóban! —los llamó una elfa tengü con ropas de aprendiz y una escudilla en la mano—. ¡Chocuguin!

—También estoy muerto de hambre —le dijo Fildoren a su hija—. Vamos, es hora de cenar. —Antes de levantarse, con una mano cogió su jarra y metió la otra en un plato. Sacó un puñado de bayas rojas. Tras dudar un instante, le ofreció—: ¿Quieres?

Hacía muchos años que Odriel no veía una, pero las reconoció por su extraña forma de gajos.

—Selere. ¿Han crecido aquí?

—Sí. Los elfos llevamos la vida allí a donde vamos. —Fildoren comió un par mientras extendía su brazo con gesto teatral para señalar el horizonte, aunque Odriel se quedó mirando divertida al suelo, donde su padre acababa de derramar media jarra de cerveza.

—Me alegra ver que ha llegado un ciclo de bonanza —dijo mientras cogía unas bayas y se las llevaba a la boca.

En efecto, las bayas selere eran una señal inequívoca de que la tierra daría alimento abundante durante varios años. Por eso eran tan apreciadas. Por eso y porque alteraba la sexualidad de los elfos, que por lo general se sentían atraídos por personas de su mismo sexo la mayor parte del tiempo. Tan ligados como estaban a la naturaleza, la época de procreación llegaba para ellos cuando el tiempo era propicio.

Odriel sonrió. En las auras de algunos elfos pudo leer el júbilo de los futuros padres. Aunque para el suyo la buena noticia era que esa noche tendría más donde elegir.

Ya se había hecho de noche y las farolas de piedra iluminaban el jardín al que daba la enorme sala en la que estaban. El paisaje no tenía nada que envidiar a Lamendhülein. Tampoco sus canciones y bailes. La cena fue de lo más animada y la semielfa fue el tema de conversación predilecto. Para bien o para mal.

Uno de los niños con los que había jugado se acercó.

—llóban —le dijo, pues todos allí la llamaban por el nombre cariñoso que le había puesto su padre—, eres muy guapa, muy oscura y muy divertida. Esto es para ti.

A los elfos les encanta regalar artesanía casi tanto como adorar todo lo que es hermoso. Así pues, el niño elfo le obsequió un delicado pasador de pelo con una flor de loto tallada en jade.

—¡Oh! ¡Muchas gracias! —exclamó Odriel, entusiasmada—. ¡Me gusta mucho! Aunque yo no tengo nada para ti.

La elfa mestiza se acarició la punta de una oreja, pensativa. Se le ocurrió algo; rebuscó en su mochila y vertió polvos y líquido en un cuenco. Cuando terminó, se lo ofreció al niño.

—¿Qué es? —preguntó este, con sus pequeñas cejas apenas dibujadas en la cara en un gesto de incompreensión.

—Agua para beber —respondió Odriel con total naturalidad.

El niño miró el contenido sin abandonar su expresión, como si buscara algo más allá del fondo tras el agua transparente.

—Eres muy rara —declaró al fin, antes de marcharse corriendo con el cuenco sobre la cabeza, gritando—: ¡Soy un *kappa*!

Odriel sonrió. Había empleado una solución potabilizadora que había convertido el agua en la mejor que ese niño habría probado nunca. Sin embargo, el gesto solo contribuyó a que su fama de excéntrica se extendiera aún más.

Otra niña, un poco mayor y con toda probabilidad su hermana, se había quedado mirándola.

—¿Eres elfa? —su pregunta sonaba inocente, pero se escondía tras una mirada de escrutinio más propia de una adulta—. ¿O eres humana?

Odriel se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa de circunstancias. Al igual que la mayor parte de los desconocidos, se lo había preguntado a sí misma muchas veces y no había sabido responder. Por supuesto, durante el tiempo que permaneció en Yunningen no fue capaz de hacerlo. Aun con su sociabilidad y su entusiasmo natural, Odriel comenzaba a sentirse una criatura salida de un bestiario como los que estudiaba en la Universidad. Los elfos son seres que rumian los cambios durante mucho tiempo hasta que los aceptan. De hecho, habían tardado siglos en acostumbrarse a los humanos. Odriel no podía pretender que lo hicieran con una semielfa en un par de días. Cuando ya estaba a punto de perder la paciencia respondiendo por enésima vez que no era hija de una elfa oscura, que no era espía de un culto humano y que no, no era vegetariana, dijeron por fin adiós a los elfos tengu para viajar a Daojima.

Las aguas eran tranquilas en aquella zona repleta de islas, de las cuales algunas no eran sino meros peñascos solitarios. El barquero que los llevaba era un pescador humano de mediana edad, tostado por el sol a pesar de llevar pegado a la cabeza un enorme sombrero cónico de paja de arroz. Odriel dedujo que su nombre debía de ser Hum, pues era lo único que decía. Fildoren, que ya estaba acostumbrado al carácter taciturno de los habitantes de Torishima, no le prestó atención y prosiguió con los detalles de la expedición. Asomado por la borda de la barca veía dibujarse a lo lejos el contorno de una extensión de tierra. Sus aspavientos aumentaban a medida que lo embargaba la emoción de llegar a su destino.

—La isla de Daojima está habitada por unos nativos humanos algo excéntricos, de raza yunkara, y algún que otro elfo. Aquí Iledarian, Madre de la Naturaleza, es adorada a través de numerosos espíritus guardianes encarnados en animales. Tanto los chamanes elfos como los monjes humanos al servicio de los espíritus naturales poseen un conocimiento único sobre el kamido y el hainu. Bueno, aquí no distinguen hainu de *od*. Para ellos todo forma parte de la misma energía a la que llaman *ki*.

»La técnica de los siete sellos es la más famosa de los monjes de Daojima, capaz de aprisionar seres de gran poder mágico; incluso espíritus inmortales. Cuando llegemos a la ciudad de Daotchi espero encontrar algún maestro del santuario kamido que nos guíe. No solo para que nos enseñe la técnica, sino para evitar los peligros que acechan en esta tierra. La extensión sin civilizar es enorme y fuera de la influencia de los poblados abundan las leyendas de seres sobrenaturales, monstruos y demonios. Incluso se dice que en la isla hay varios espíritus sellados con esa técnica, aunque todo el mundo evita acercarse a las puertas sagradas que los contienen. Se rumorea que algunas personas desaparecieron así. Será conveniente andar con los ojos bien abiertos y tener siempre a mano nuestras armas.

Odriel se ajustó la mochila, luego una talega sujeta a la cadera y la pierna, y se aseguró de que tenía su cuchillo al alcance de la mano. Fildoren señaló a su hija las dos armas que llevaba al cinto: una daga y una espada corta con filo de obsidiana, perfecta para ser potenciada con sus conjuros de chamán. No llevaría más monedas en los bolsillos que unos pocos *pecubrios* y algún *argeonte*, bronces y *hierrillos* de otras tierras; sin embargo, aquella espada podía costar la soldada de un año. Le dio un par de palmaditas, lo que siempre le infundía seguridad, y reunió un par de bolsas de cuero con el resto del equipaje delante de ellos. Empezó a prepararse para desembarcar y se dirigió hacia el barquero.

—¡Eh! Esa isla de ahí delante es Daojima, ¿verdad? —Esperó en vano una respuesta—. ¡Bah!, este tío debe de ser mudo.

Pero no lo era. Tras quedarse petrificado por un momento, profirió el grito mejor instrumentalizado que padre e hija habían escuchado jamás. No paró de berrear hasta que, tras darse la vuelta y saltar por la popa de la barca, comenzó a nadar en dirección contraria. Fildoren lo miró sin comprender.

Hasta que se dio la vuelta.

El lomo blanco de una enorme serpiente marina culebreaba en la superficie, justo antes de sumergirse por completo. A pesar de suceder en un instante, Odriel lo vio todo ralentizado antes de la vorágine. La expresión de Fildoren se congeló en sus ojos: era el puro emblema del terror. No tanto por la idea de perder su vida como por el destino incierto de su hija.

Y, de pronto, lo que era arriba se convirtió en abajo; lo que era cálido sudor en la piel acariciada por los soles se convirtió en una violenta masa de agua fría que los arrastró hacia la oscuridad. Antes de ser engullida por completo, Odriel perdió el equilibrio y, tras golpearse la cabeza con una de las mitades de la barca, también perdió el sentido. Donde antes había madera ahora solo había astillas y la luz se fue apagando en su mente.

«¿Estoy muerta?».

Una sensación de urgencia la devolvió a la consciencia.

No. Aún no. Su padre. ¿Dónde estaba? ¿Se encontraba bien? ¿O acaso necesitaba ayuda?

Se sentía como si acabara de salir de un sueño pesado e innatural. Su memoria había vagado por los recuerdos de los últimos días en el momento en el que se había convencido de que iba a morir. Todo había sucedido en un instante, aunque a juzgar por su pulso creyó que su corazón había latido mil veces. El cuerpo estaba reaccionando mejor que su cabeza y la estaba preparando para lo que se había temido y no había querido creer hasta ahora: tenía que huir de aquel monstruo.

La serpiente era como el más pequeño dragón ryu, aunque de naturaleza más propia

de una bestia sanguinaria y con escamas nacaradas. Aun siendo menor que un dragón surisleño, su longitud y diámetro eran más que suficientes para destruir pequeñas embarcaciones, dando buena cuenta después de los tripulantes que caían al agua.

Odriel solo sabía que no podía quedarse allí, así que nadó con todas sus fuerzas hacia la orilla de la isla. El sonido de sus frenéticos chapoteos la puso aún más nerviosa, pues no podía asegurar que no fuera la serpiente quien estuviera agitando el agua a su alrededor, preparándose para un golpe mortal.

No veía nada más que el agua salpicándola.

Sus sentidos se embotaban, la sal abrasaba su garganta cuando tragaba y veía la tierra cada vez más cercana pero más difusa. Sintió que algo sólido le golpeaba el pie. Gritó e intentó zafarse de su enemigo. Su pierna se hundió en algo blando.

Un escalofrío.

El otro pie también encontró resistencia: era la ansiada orilla. Tropezó y cayó de espaldas a la isla mientras intentaba localizar a la criatura o a su padre. Se dio cuenta entonces de que había nadado todo el trayecto cargada con su mochila. Mientras se la desabrochaba, una mancha blanca se revolvió en el agua a pocos pasos. Como por una explosión, la cabeza de la serpiente salió disparada entre salpicaduras de agua. Odriel se impulsó con una pierna lo suficiente como para que la boca chasqueara inofensiva en el aire. Sin embargo, el monstruo reaccionó al instante. Mientras se retraía para un nuevo lanzamiento, la semielfa se arrastró hacia tierra firme. Avanzaba penosamente y la maldita mochila no quería soltarse.

De frente, la tierra, la vida; tras ella, la muerte. No podía verla, pero sabía que estaba ahí.

Oyó un chapoteo. Era el mismo sonido que había producido la serpiente antes de lanzarse a por ella. Esta vez no escaparía. No, si no lograba desabrochar la última correa. Necesitaba ambas manos para avanzar, pero hizo acopio de energías y saltó.

La serpiente volvió a atacar.

Con un movimiento desesperado, Odriel se llevó una mano a la correa y agitó los hombros para deslizar la mochila. Fue entonces cuando sintió el tirón. La boca de la serpiente se había cerrado sobre el equipaje. Al volver a replegarse para engullirla, la elfa cayó al suelo, liberada por fin de su carga e incólume. Aún era pronto para alegrarse. Con un gesto, la serpiente tragó la mochila y siguió avanzando, aunque más despacio.

Cuando sus pies se afianzaron en la arena le pareció que sujetaban varias veces su peso. Apenas lograba avanzar, se hundía a cada penoso paso, exhausta, mojada y en un terreno que aún le brindaba la ventaja a su perseguidor. Aquello pintaba mal. Sin embargo, Odriel sonrió. Que te persiguiera un gigantesco gusano albino nunca era un hecho digno de celebración, pero dio gracias a la diosa Matrynha porque había ido tras ella y no tras su padre.

Había recorrido cien pasos adentrándose en la orilla, allí donde las olas ya no osaban lamer la tierra, y la serpiente, a pesar de estar herida, la seguía obcecada. Del lomo sobresalía la empuñadura de la espada de Fildoren y un reguero de sangre se diluía más atrás con cada empellón del mar. Los ojos de la bestia relampagueaban de furia y obstinación, fijos en Odriel; su lengua absorbía cada partícula del miedo que desprendía la semielfa, que no pudo dar un paso más. La serpiente se apresuró hasta que una piedra, arrojada con más desesperación que precisión, raspó una parte de su costado blanco, tornándolo rosado con hilos de sangre espesa.

Odriel la miró, impotente. Vio inteligencia y maldad en la criatura. Su blanco no era como el pelaje puro de los unicornios, sino más bien como la carne traslúcida de un lenguado, gelatinosa y resbaladiza. Abrió una boca con varias hileras de colmillos,

preparada para devorar a la semielfa. En un último intento, esta agarró una roca con la intención de cambiar por completo la dieta del monstruo, pero sus brazos apenas podían ya mantener su propio peso. Cayó de rodillas, demasiado cansada para sacar su puñal del cinto.

Deseó que fuera rápido.

Aunque la muerte la asustaba, lo que más temía era prolongar el sufrimiento más de lo necesario. Sonrió al imaginar la horrible digestión que haría la serpiente cuando los viales que llevaba en la mochila estallaran, constreñidos por sus tripas.

—Vas a alucinar durante días con esa mezcla —vaticinó con un hilo de voz mientras cerraba los ojos.

Cayó hacia delante y sintió la arena contra su rostro. Entreabrió un ojo y percibió la sombra de la serpiente. Encima de ella primero; cayendo a su lado después. La semielfa tragó arena cuando la mole golpeó el suelo. Vislumbró la cabeza agonizante del monstruo atravesada por una jabalina. Luego llegó otra; y otra. Todo daba vueltas a su alrededor, pero se obligó a buscar con la mirada a su salvador. Vio unos hombrecillos verdes que se acercaban, gritando en una lengua que no conocía, y sintió que era arrastrada por los pies sin miramientos. Intentó hablar, pero dio con la cabeza en una roca y lo vio todo blanco por un segundo. Después el negror.